



EN EL NOMBRE DEL PADRE

Por **LUIS JIMENEZ CLAVIJO**

SE cansó antes de ser viejo. Cuando nos cansamos, aunque estemos aquí, estamos muertos. O, dicho de otra forma, llegó a viejo antes de la edad reglamentaria.

Era el listo del pueblo y, como todos los listos de todos los pueblos, se fue a la capital. Tenía facilidad para muchas cosas que abandonaba siempre antes de llegar a perfeccionarse. Cantaba, tocaba el violín y la armónica, dibujaba; como poeta, lo que menos en serio se tomaba, fue donde llegó a hacer cosas más serias. Se ganó la vida —¿o se la perdió?— de muchas formas: charlatán, vendiendo productos extraños; payaso musical, en un triste circo por los pueblos tristes; de taxista, de cicerone —hablando mal dos o tres lenguas—, comparsa de películas... Llevó maletas y limpió zapatos. Estuvo en un sanatorio para enfermos mentales dos veces: una por llorar y otra por reír.

Siempre pareció feliz y nunca lo fue. Un día, cansado, solo y triste, falsificó sus documentos y consiguió entrar en un asilo para viejos.

En el asilo, el tío Juan era el amo. Allí encontró descanso y fue la alegría de unos hombres que sólo esperaban una cosa: la muerte. Pero él, con bastante frecuencia, los hacía olvidarse de aquella terrible espera sin esperanza. Cantaba, tocaba el violín, hacía el payaso y, a un par de vejetes con cierto nivel, les recitaba, sentados al sol en las mañanas de invierno, poesías calientes como pan recién sacado del horno.

Y esta nueva forma de vida —la vida de los viejos— lo rejuvenecía de una forma alarmante. Se dejó la barba, andaba encorvado y hablaba en viejo. Pero en sus olvidos se producían unos cambios de hombre acabado a hombre entero lleno de comicidad.

A veces sentía la tentación de abandonar el asilo. Era como si se hubiese olvidado algo fuera, en la vida. Pensándolo bien, no recordaba nada que mereciese más la pena que aquel sol de invierno, aquellas sopitas calientes y aquel acostarse al oscurecer.

La perdió en el pueblo el señorito del pueblo. Entre olivares, después de doce horas recogiendo aceitunas, sobre la tierra roja y húmeda. El señorito, magnánimo, arregló la cosa con cinco mil pesetas a su padre y otras tantas a ella. Se fue a la capital con aquella enorme suma de dinero.

Era monilla y se convirtió, sin grandes esfuerzos, en una mundana feliz. Y ganaba suficiente dinero con las gentes de dinero para pagar un amor que ella creía el más puro del mundo. Un hombre con mala suerte, que siempre andaba buscando trabajo para sacarla de aquella vida, pero que le sacaba a ella, entre tanto, para ir tirando.

Tenía mala suerte.

Y su amor puro seguía sin encontrar trabajo para sacarla de aquella vida. Y así pasaban los días, los meses...

Aquel niño volvió llorando del colegio. Un compañero le hizo ver claro lo que su pequeña alma se resistía a ver, pero que sin verlo lo llevaba dentro. Las horas de llegada de su madre, las dobles pisadas, y tantas otras cosas distintas en la vida de su madre comparada con las de sus amigos. Y su tío Antonio, el amor puro de su madre.

Ella le aseguraba continuamente la paternidad y le pedía, casi suplicante, que se casasen. El nunca se negaba rotundamente, pero siempre lo dejaba para

más adelante, para cuando encontrase trabajo.

Pero aquel día, el día en que su hijo lloraba sin consuelo, le pidió una respuesta terminante. El se marchó a buscar trabajo y no volvió.

Ya no era una mundana feliz. Su hijo no quiso volver a aquel colegio. En otro sucedió lo mismo, y en otro, y en otro...

Ya no era una mundana feliz. Todos sus esfuerzos y todos sus pensamientos convergían en un punto: darle nombre a su hijo, darle un padre, darle el nombre del padre.

Y no hablaba de otra cosa con sus compañeras. Había una —labios de corazón y flor en el pelo— que tuvo suerte. Llegó un hombre, se casó con ella y la sacó de aquella vida. Aquella vida que a Isabel no le resultaba ya tan divertida.

Un día hablaba Isabel, al borde de la desesperación, con una compañera. La compañera, vagamente, le hizo una revelación:

—Hay un asilo de viejos, pagas una cantidad y puedes conseguir... O te lo llevas a tu casa o lo dejas allí. Eso, como a ti te convenga. Si te lo llevas, pagas de una sola vez. Y si lo dejas en el asilo pagas por meses o por semanas. Ahora, que yo no sería la que iría a hablar con nadie para comprarle un viejo petate al contado o a plazos.

Y la compañera —cara de cera y pelo de estopa— soltó una carcajada de ocarina cascada.

Pero Isabel no reía. Pensaba para sus adentros:

—Esta no tiene un hijo sin el nombre del padre.

Desde que sostuvo aquella conversación en la barra de aquel bar casi céntrico, Isabel no pensaba en otra cosa. Si, ella trabajaría de firme y no desaprovecharía nada. Y, en cuanto reuniese suficiente dinero, compraría un viejo al contado.

Hacia sus planes: se lo presentaría a su hijo. Antes, le contaría una historia que tranquilizase su espíritu lleno de sospechas.

La historia era muy simple y un niño de ocho años la creería, porque en los niños, como en los hombres, los deseos de belleza son casi siempre más fuertes que el análisis frío y lógico de las cosas. Si no, ¿a dónde podrían agarrarse?

Le diría que ella se casó y que, al poco tiempo, su marido —tu padre, Miguelito— fue acusado, sin culpa, y condenado. En el sitio donde trabajaba se cometió un robo. El ladrón preparó las cosas de manera que todas las sospechas recayeran sobre su padre. Y, hasta ahora, tenía que andar escondido. Pero de un momento a otro se aclararía todo. Y su padre estaba a punto de venir.

—Todos los ruidos que sientes por la noche los hace él. Me tiene que visitar a escondidas. Cuando tú estás dormido, va a tu camita y, sin hacer ruido, te besa y llora.

Isabel no era ya una mundana feliz; era una madre llena de esperanzas.

Se arregló de mujer decente —de lo que ella se figuraba estar acorde con una

